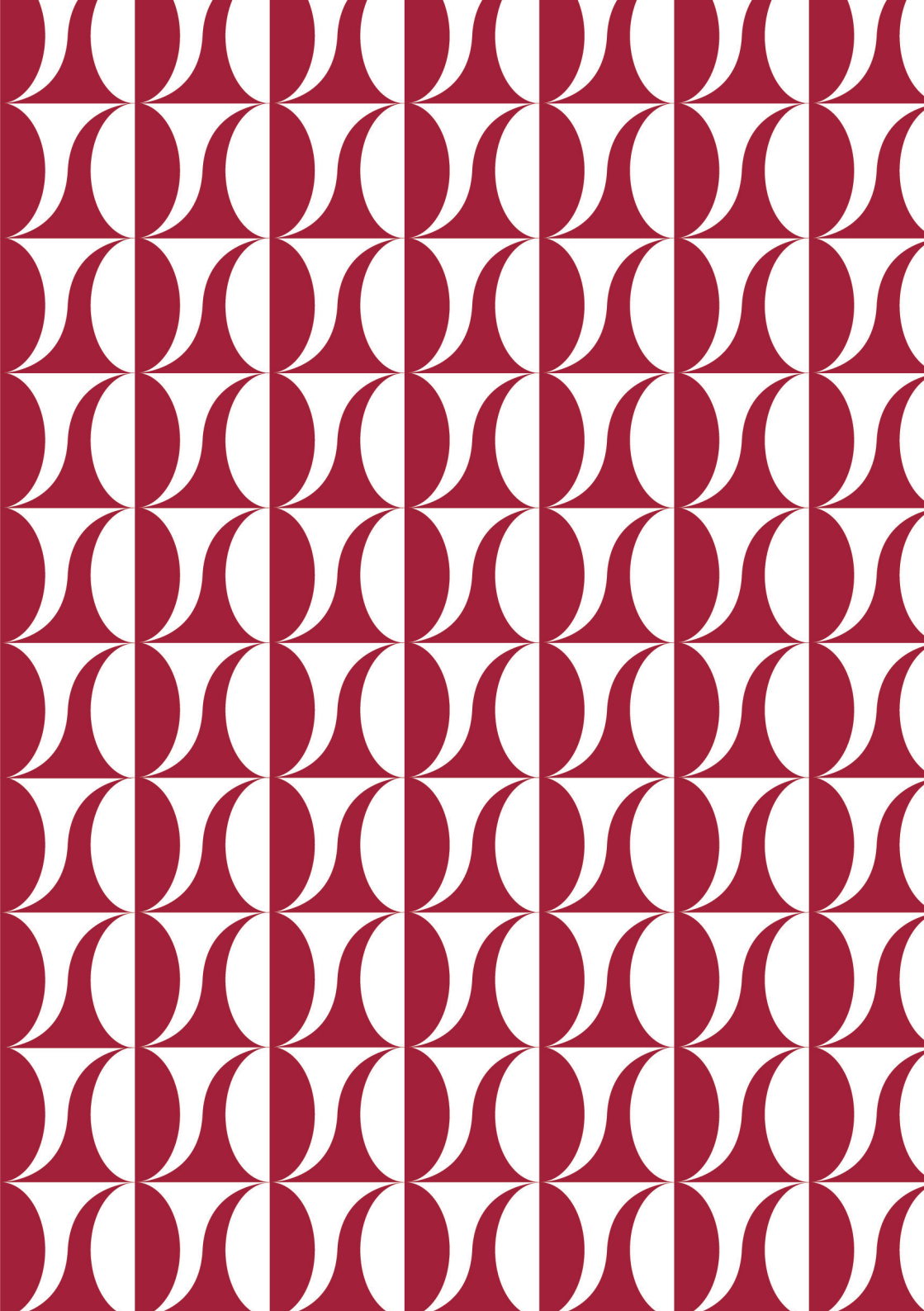


Águila
del
Cáucaso





Publicación trimestral de poesía en español, dedicada a la difusión de poetas jóvenes, o espacio para todas las voces de una misma lengua.

Edición	Iñaki Irijoa Lema
Depósito legal	CA 551-2022
ISSN	2990-2991
Contacto	aguiladelcaucaso@gmail.com @aguiladelcaucaso

Editado en Algeciras.

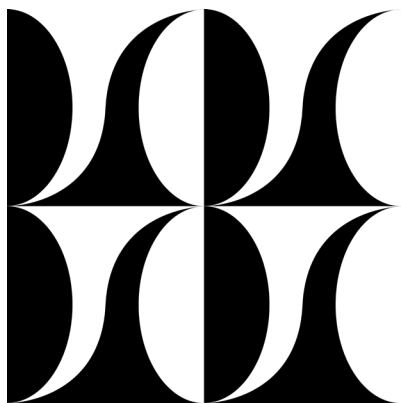
La cubierta está basada en un diseño original de Homero José Amaro Gonçalves.

La propiedad intelectual de las obras publicadas pertenece a sus respectivos autores. Se prohíbe terminantemente la reproducción total o parcial de dichas obras por otros medios o procedimientos, sin la autorización expresa de sus autores.

Poetas y lectores, les pido disculpas por este retraso de siete días en la publicación del séptimo número de *Águila del Cáucaso*. Este cambio de estación ha estado determinado por la coincidencia del proceso selectivo para el ingreso a los cuerpos docentes con el mayor número de especialidades, tribunales y opositores hasta el día de hoy. Ya saben que los plazos y las citas son habitualmente flexibles, ¡qué la *irreflexividad* sea una cualidad de las administraciones!

Hay siete poetas en este número, diversos y precisos, particulares y necesarios para la configuración de nuestra joven poesía: un bellísimo mestizaje de ternura, inteligencia e introspección.

Este séptimo número de *Águila del Cáucaso* no es una cita con la joven poesía, sino un encuentro.



Los jóvenes poetas que se
publican en este número:

Rocío Torres
Adrián Chaurán
Laura Rodríguez Aparicio
Jaime Calaforra Arranz
Ava Cívico
Miriam García González
Adriana Calderón León

Rocío Torres (Madrid, 2000). Graduada en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y Máster en Formación del Profesorado por la misma institución.

Ha participado en la antología *Los pétalos del diwan* y numerosos recitales de poesía en las bibliotecas municipales de Madrid, en Casa de Vacas de El Retiro, en Real Jardín Botánico de Madrid, en la Feria del Libro de Moratalaz y el Arboretum de Rivas-Vaciamadrid.

Soneto a Idea Vilarinho

Amarillas son las horas del día,
la soledad, tus tristes pensamientos.
Y es toda amarilla, ¿quién lo diría?
La vida, sus ríos y sufrimientos.
Amarillos poemas y canciones,
la nada es una aspirina amarilla,
fulgor de místicos en oraciones.
Es el fin y el comienzo: una semilla.
Qué buen nombre es Idea para un hada,
—palabra poética que no miente—
como tú que le escribiste a la nada,
por eso del mundo eres confidente.
¿Qué nada te inspiró a hacer poemas?
Red de sombras coléricas, supremas.

Árbol del olvido

Sé bien que soy fruto del árbol de lo eterno.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

La tarde ha caído
junto al árbol del olvido
y yo te recuerdo.

Es el recuerdo el que no muere.
¡Qué sinsentido es este
que eleva un suspiro al cielo!
¿No será un árbol de la memoria?

La tarde ha caído
y solo el tronco queda
maniatado a la tierra
fundiendo sus raíces en ella.
No hay luna que lo arranque
ni dolor que lo retuerza.

¡Árbol amigo! ¡Memoria!
Me has descubierto
los caminos de la historia
de mis ancestros y de otros
que marcada dejaron su huella.

Diste voz a esos poetas.
Sombra y luz
bajo formas bellas.
Yo no te olvido,
mi compañera.

La tarde ha caído
y solo el tronco queda.
Salvaje el que tala y olvida
porque ignora la sangre.
No vio su fruto ni su cosecha.

El otro a quien amar

El otro a quien amar.
La otra realidad.
Reprimida y oscura
como la sombra de la luna
que opuesta hacia el sol
al clarear el día se oculta.

Como el nombre del padre muerto
y del hijo que pretende
ocupar su lugar
para así quedar revestido
con la prenda de la noche.

Aquel hijo que se esconde
en el mañana que es hoy
y en el otoño,
morada de exilio,
cuando no lo llaman memoria,
testimonio,
sacrificio.

Aquel otro que es
piedra enquistada en el pecho,
nostalgia que devora el hígado,
las entrañas y los sesos
que tienen palabra,
sacramento.

¿Padre?
¿Padre o Patria?
¿Comunidad o Creación?
Una vez oí decir que el arte
no pertenece a ese orden.

Una gota de rocío,
¡oh de esperanza redentora!
Para ese otro que es
víctima y que no tiene
ninguna posibilidad de ser
rescatado de su conjuro.

El otro a quien amar.
Al vencido que fue poeta,
bisabuelo y por siempre
resistencia.

Para que tu Verbo no muera
con los versos de otro
te seguirán leyendo.

Adrián Chaurán (Lechería, Venezuela, 1999). Cursa los estudios de Lengua y Literatura por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.

El alba de Baco – Escena I.

*¿Por qué hoy no vas hacia la desembocadura del río
a llenar tu cántaro con agua?*

NONO DE PANÓPOLIS.

Con cuerpo marino de lámina en alcanzarse
hecho de bruma, de ansía, de imponente huida
bajo la herida vertical y azul de un párpado:
está mi mirada o el ayer, que me anega en dicha:
la sed, como risa de trigo disperso, amante:
es mi perfil entre los espejos del tiempo,
recalcando mis huellas en el moho de las ventanas,
en los puertos de ceniza y orden, donde persiste la soledad;
y en los ecos de un amor sin recuerdo o suspiro;
aún es una forma del olvido el besarse,
aún en la boca de ascua lloran las amapolas,
adentro de mi epidermis, en los túneles del recuerdo,
porque el amor es un corazón blanco,
porque existe mi anhelo en la metáfora,
yo que he de ser ayer en tus labios, aún.

Ha sido merecedor de una mención honorífica en el III Concurso Internacional de Poesía J. Bernavil (2022) y ganador de este mismo curso en su edición posterior.

Ha colaborado con las revistas literarias *Letralia*, *Autores*, *Poesía Líquida* y *Águila del Cáucaso*.

Los nacimientos de Baco – Escena II.

Ventre de espuma y blanca línea de esperma,
 vientre de una boca como augurio
 hasta donde las manos y las estelas
 se abrazan al crepúsculo y al hambre;
 vientre, eternidad hecha de carne,
 eternidad hecha con metal prometido,
 eternidad hecha con la vida en su entrega
 cuando cien caballos blancos sueñan
 con tus ojos y con una caricia de sombra,
 como lago hasta el ánfora sin la piel y luna
 que los labios proclaman a la uva
 y con el temor a un corazón de elegía;
 así el amor reclama una débil saeta,
 así el amor es un instante de la sangre,
 horadada en las venas y en el rencor,
 y concluyen los labios en las hojas y su lágrima,
 en el fondo de un puñal hecho para una muerte.

*La vida de Baco – Escena III.**I.*

He retenido en la voz un arco
como muros y caricias de nocturna espada,
o una constelación para cada otoño y su sangre,
y la aljaba como circulación de la serranía;
he amado amplio ser como pólvora y útero,
y en mis manos sus manos poblarán la vida,
y en mis ojos sus ojos fueron ascua del sueño,
en donde una palabra era ansía caída,
en donde la remembranza era muerte y silencio.

II.

Y mi odio como furia de amada sombra,
como río de sangre que sucumbe en una frente
para que mis huellas reposen en tu incierta materia:
en el bosque de vírgenes para mi lengua,
en el bosque de arpa hasta tu piel desnuda,
porque se me acabará el alma en oírte,
porque desde el amor solo existe tu tristeza
y hay mariposas que mastican nuestros cuerpos,
hay horizontes en cintura quebrada que nos buscan,
y por ti crecen en mi espalda
y en mi sexo una luna de temor.

Ha colaborado con las revistas literarias *Caracol Nocturno*, *Febrero*, *Zéjel* y *Digopalabraxt*.

cuerpos no tan arrugados
como aceitunas caídas
desde diciembre
cubiertas ya de escarcha
reposan en el suelo
nadie los recuerda
porque la cosecha llegó tardía
o no llegó

porcentaje creciente:
la vida cada día pesa menos

cómo sanar una casa
que se va descomponiendo
a retazos
si las diurnas palabras
tampoco rellenan las fisuras
de la noche paciente

Afirma que busca su propia voz transitando los clásicos grecolatinos y la poesía contemporánea, las diferentes formas y temáticas poéticas.

que se ha dilatado
dos décadas

el verbo se precipita iracundo
al vacío de la hendidura
y pesado se incrusta
desanudando cicatrices
nacientes que apenas
intentaban tomarse
de la blanca mano

«imposible suturar
estos cuatro muros
la colérica hemofilia
no permite un telar acabado
no existe cura para los pobres»
sentenció la doctora impaciente

cómo conservar el recuerdo
de aquel hogar infantil
si la seguridad social no cubre
el derrumbe de las paredes

cómo evitar el desahucio
si aun habitando en Ítaca
duermo a la intemperie
de un palacio sin techo

III

un silencio afilado
inunda la habitación
de dióxido de carbono

al fondo se desgarran el reloj
sus pequeñas manos
aún tímidas
se niegan a acariciar
el tempestuoso tiempo
cada minuto son
sesenta segundos
y otros sesenta más

las paredes se aproximan
y oprimen mis órganos
mis ojos de vista ausente
intentan abandonar
mi lánguido cuerpo
que ya apenas soporta
su propio peso

el recuerdo del lejano comienzo
se desvanece entre arcaicas sonrisas

la angustia siempre asedió estos muros

nadie escapará con vida
de esta silenciosa habitación

IV

su pueril cuerpo aún cálido
se sostiene en los brazos
de una madre
que desgarrar su voz
en agónicos alaridos
clamando al cielo
que le otorga de inmediato
una nueva lluvia
de explosiones

aún abrazados se desmigajan
esparcidos

por la tierra

ocupada

un onírico sentimiento de pertenencia
a lo ajeno
avala el sufrimiento de un pueblo
cada vez
más reducido

ochenta años bastarán
¿quizá menos?
para el exilio
y el exterminio

pero el desahuciado siempre guarda
la llave
de su legítimo hogar

Jaime Calaforra Arranz (Alicante, 1999). Graduado en Filosofía por la Universidad de Valencia.

Es autor de *Notas sobre el infinito y los conjuntos* (2022), disponible en edición digital, y *El demonio y el cuarto* (2022), ganador del premio Versonalidad Spoken Word València.

Ha colaborado con las revistas *Filosofía en la Red*, *Dosis Kafkiana*, *Letras & Poesía*, *Teresa Magazine*, *Luminaria*, *Revista Abierta de Vanguardia* y *Expresión*, *Codez Sulpurista* y *Águila del Cáucaso*; ha participado en las antologías *Mientras me habito* y *Tren sin parada*.

Ved ahora que mis ojos han caído a su paisaje,
a su piel, a su abismo y viejas voces crujientes, al follaje.

En esta sola visión de unos jardines frente a mi ventana son todos
los horizontes.

En las sendas pajizas de la plaza corre un viento agradable, joh,
caricia céfira de gráciles nombres!, vaga y se esparce ampliamente
como el cuerpo calmo y viejo del mar, firmado en su superficie por
níveos carros de espuma que dormitan, dejándose llevar hasta un
pasto de playas de cobre, allí son las dunas orgullosas y los senderos
que el viento cincela con la misma medida de los caminos de este
jardín, besados también por el céfiro y así corren entre los matorrales
y revoltosos se persiguen, cercando a los sabios olivos, y se bifurcan
y se reencuentran soñando con ser los torrentes equinos de cantarinas
corrientes que en brava juventud descenden batallando los
peñascos de las cumbres nevadas, y restriegan sus cuerpos sangrantes
y engendran estirpes de torbellinos y así hacen su guerra entre los
desfiladeros, bajo las sombras de la tierra y en los acantilados norteños,
allí encuentran el otoño o les nacen florecidas quietudes, y abren
sus manos para amamantar a paisajes más viejos de fresnos, robles y
pinos, que son catedrales cambiantes de cromáticas músicas, como

aquí son, en el jardín, ¡oh, esta bóveda ramificada!, donde se besan carmesíes, pardos, esmeraldas, jades, zafiros, blancos, negros, grises, verdeolivos, azulmares y en ellos son una palabra, una firma, un verso, un aliento, un pulso, una vida, un lenguaje, un amor, un odio, un miedo, un olvido, una esperanza, un poema sobre un jardín que es todos los horizontes

frente a un museo de Historia Natural que,
recuerdo,
visité con Marjorie.
Según dicta mi memoria:

He llegado a los pabellones del tiempo,

de alguna memoria,
parco desfile de las eras que alguna vez tuvieron nombre,
de algún temblor...

Descansando su insigne muerte en los sostenes,
la osamenta del megaterio.

“Ignoto nombre que en mi espalda herida
sostuve antaño contra opuestos nombres
con otra fuerza, ya ella fue vencida,
en canos campos sin las sangres de Hombre.”

Y así te eriges
inmaculado, jamás tentado por la llaga humana,
en este tiempo incoloro en el que es siempre el mismo instante
de pétreas osamentas que reflejan
incógnitos nombres en bronceínas planicies donde nunca fue el
armado nombre de Hombre
(mayúsculo engaño que a hombres, mujeres ha sangrado)

reina tu estéril figura invicta,
 en este íntimo desfile de la historia,
 megafauna, corales, *raptor*.

*Yo,
 rápido raptor, reflejo rampante,
 fui
 veloz, hoz atroz del instante
 cuando eran en
 noches de lunas ya muertas
 broches de brunas inhiestas
 las lánguidas lívidas vides.*

Y así aún reinas,
 aunque menguado el trono
 en estas nuevas selvas
 que el gesto insomne ha fundado,
 en este manvantara del arma del hierro
 cuyo grito en los neones de erigidos poemas firma:
 el esquizofrénico pintor de la noche ha sembrado
 torrentes blandos de negrura desde los contornos,
 lloran cadenas de hojas mustias, sobre ellas la sangre morada de los
 anuncios forma
lánguidas lívidas vides;
 y en las figuras que cruzan ante el espejo de mi consciencia
 veo las inesquivables sombras diluidas en el cemento,
 ante la ofensa de las luminarias son en el pavimento
broches de brunas inhiestas,
 promesas de la llaga que nos funda
 “aquí impera el tiempo,
 y así he de seguirte yo,
 misma forma tuya

hasta que su imperecedero reino dicte el fin”,
 ¡Oh, no intentes,
 dominando los carros del ingenio
 mediante corceles rimados alcanzar lejanos círculos del canto!
 Pues desde cuando en
noches de lunas ya muertas
 brotaron culebrerantes vidas del kemet
 siempre fue la
veloz boz atroz del instante
 cuyo símbolo aquí descansa,
rampante reflejo rápido

raptor, megafauna, corales.

*¡Oh, los ritmos, los tonos! Estas épicas fundan
 los colores, los mundos, arabesco del agua,
 las estelas cambiantes y la sombra profunda
 de la música astada que mi sangre ya fragua.*

Y así fue cuando conocías el labrado del ponto rojo como el vino,
 besando la tierra niña,
 bañando sus olorosos cantos los helechos nacientes,
 guardando en su secretos la temerosa figuras de los amonites.
 En él eran extraños colores de memorias ya desvaídas
 de los juegos lapislázuli de la calma sien del mar,
 su planicie de hebras azulmarinas donde pastan brochazos de canas
 espumas
 que en ininterrumpible conquista cargan hasta el oro de los acantila-
 dos y las playas.
 Ahora, en tu osamenta que la luz de los focos expone,
 aún recuerdas.
 (pálidos destellos sobre la muerte plácida)

Ava Cívico (Getafe, 1991). Poetisa transfem-no binarie.

Ha colaborado en la antología *Vagos y maleantes: nuevas voces maricas* (2019) y en los fanzines *Floreceer será un crimen* (2020) y *Poesía para deci(di)r quién(es) somos* (2023).

réquiem dominical en una mañana fría

cuando muera
extraed de entre mis párpados
una lágrima ínfima
—diminuta,
con la consistencia de la herida vana
de un abrazo roto,
del color del tiempo perdido.
aprendí a perder de cuatro maneras distintas
salvo esta lágrima perenne, persistente,
siempre amarrada a mis párpados amenazante
con provocar el fin de este cuerpo, esta casa, esta ciudad.

[no sucede]

cuando muera
drenad de mis ojos
el murmullo de las montañas,
el manantial aberrante del que bebieron hombres,
se saciaron hombres, secaron hombres y
cansada supuré no un hombre, ni una mujer
sino criatura mutante, despreciable, grotesca
sin sed ni ánimo de beber
alimentada por una lágrima pegada
a sus párpados.

Es autora de *Amen —a todos los hombres—* (2020).

Ha publicado su poesía en las revistas literarias *Casapais*, *Zéjel* y *Digopalabratxt*.

[que alguien le dé de comer]

cuando muera
celebrad compungidos la decepción
de mi lagrima
por no hundir esta ciudad,
por no impedir la primavera,
por solo ahogar a mi monstruo en un infierno
de mares incandescentes.

las cavidades torácicas sirven de camposanto a las aves

las noches de febrero acostumbro a prender velas
en honor a la quietud.
nadie mira, nadie respira
en la alacena solo flores moribundas
a punto de servir a los muertos,
cubrir de lamentos sus tumbas.
orquídeas desprovistas de vida
para ocultar las heridas de la tierra.

las sábanas perdieron el olor del placer,
su tacto, la aspereza de mis adentros,
mi hígado arenoso,

mis pulmones arrugados,
la superficie de mis palmas reseca
nostálgicas del roce de tus labios.
mi cuerpo
que ahora es mi cuerpo,
que ahora es mutante y monstruoso y frankenstein
y quizá no espantapájaros pero sí espanta
pues los gorriones acuden a mi llamado,
penetran mi piel tierna para anidar en las costillas,
protegen mi corazón del ataque carroñero
con que los hombres tratan de marcarlo
y yo no me dejo
y ellos sí me dejan, abandonan,
olvidan, desahucian
confusos por qué cuerpo una vez disfrutaron
si no soy ellos,
si no anhelo sus cuerpos.

si solo soy hogar para los gorriones muertos.

elevo paredes torcidas sobre el terreno de la nostalgia

traté de hacer de mí una casa
 en la que dar cobijo a golondrinas extintas.
mi cuerpo oceánico al milagro delirio.
tres estancias amuebladas
lo que queda del nido oscuro
dónde el espacio de los lamentos?
inmaculado torso de terciopelo
 lirio rosáceo.
fauces que no alimento de nada
 la nada que habita esta casa.

Miriam García González (Granada, 1998). Graduada en Literaturas Comparadas y Máster en Estudios Literarios y Teatrales por la Universidad de Granada.

Es autora de *La obra de los dioses* (2024), obra de narrativa breve.

Disociación

El tiempo me devora y crece mientras miro al cielo,
Y justo al venir tú, aparece sorprendiéndome una estrella,
luminosa que aparta mis pensamientos.
¿cómo es posible que, sin apartar la vista, ese raso y vacío azul
se convierta en una pluma de gelatina amarilla,
y ardiente, que deslumbra los ojos?
los deslumbra, y ahí está: una vendedora de naranjas.
se está caliente dentro de mi propio cuerpo.
fluye el fuego del estómago a las piernas.
soy una bruja pretendida por bailarines de goma elástica, muy
brillantes, y más altos que el último pelo de la montaña que en el
horizonte antes me aguardaba.
veo a esa vendedora de naranjas, inmóvil en su asiento,

Colabora de forma recurrente con Letras&Poesía; ha publicado en las revistas *Almiar*, *Altavozcultural* y *Codex Sulpurista*.

tras un pañuelo de seda extranjera y niebla blanca.
es como si fuera yo misma en algún sueño alguna vez.
es como si mis pechos pequeños hubiesen amamantado, alguna vez,
 en algún sueño,
a las naranjas como hijos sobre el regazo.
mi cara se vuelve para mí, entonces, una amenaza.
Como un forastero que encuentra un bosque engendrador
De instinto y supervivencia.
Y tú sigues aquí, deshaciendo mis pensamientos,
Siendo algo que devuelve algo dentro de mí.
Y yo también sigo aquí, sobre la cama,
devolviéndole al tiempo la eternidad,
mientras las sombras se ciñen sobre el techo.

Soy animal y amo

Soy capaz de quererte tanto... soy capaz de verte en todo.
te fuiste y el mundo ha adelgazado.
te fuiste, atlética gacela que tanto te he soñado.
te marchaste, precioso ébano voraz.
crecían en tus ojos los tallos frescos
de mi orgullo y mi pasión:
una apasionada de ti que logra quererte en todo.
tengo cachorros, te lo digo por si aún no lo sabes,
a los que vierto todo esto que acojo dentro por ti.
chiquitina niña de mis ojos,
salvaje hogar que siempre me salvaba de este infierno civilizado.
te fuiste loba desenfrenada.

te fuiste tierna buganvilla rodeando las paredes de esta casa.
te marchaste corazón escurridizo,
firme ladrido, la fe en el mundo.
eras... no, eres dulce guardiana,
la dulce gacela,
una dulce loba,
mi dulce perra.
aquella dulce criatura que sé querer en todos, en los cachorros, y
verte en el entero
mundo: en el revés del álamo, debajo de las flores sobre mariposas,
y en la distraída cresta de un mar, entre las olas que, ahora vienen y
después se irán.

Adriana Calderón León (Los Teques, Venezuela, 2001).
Graduada en Enseñanza Profesional con especialidad de
Violín, graduada en Filología Hispánica por la Universidad
de Almería y Máster en Investigación en Estudios Artísti-

La herida

Del paso de los pueblos
en la tierra,
el paso de los ríos
en la tierra,
el paso del tiempo
en la tierra,
y la lluvia que arrastra los muros
desconchados
de civilizaciones perdidas
otrota felices
solo quedamos la erosión,
las manchas y
la tela roída que cubren mis huesos,
una pista corriendo
y unas caderas que quizá
jamás
se ensanchen.

cos, Literarios y de la Cultura por la Universidad Autónoma de Madrid.

Ha publicado su obra en el primer número de la revista almeriense de literatura joven *La Contracosta*.

También sobre mi cuerpo pasa.
Los surcos de las montañas me han invitado
—otra vez— a escribir
y ruego al llanto:
¿cuántos poemas se habrán hundido ahí?,
en el ácido de la pérdida,
allá donde el cuerpo recuerda
y la arena
parece hecha por el ser humano.

Otra vez me diluyo
en la enfermedad que acucia la tierra
y —solo— temo
no ser
—solamente—
yo

“Mano firme de algodón”

Se me pegan cosas tuyas;
allá
donde se pierde el asfalto
entre los reveses de la montaña,
allá donde los molinos juegan
a coreografiar el viento,
allá donde lo gris de las vías
se difumina en el gris
del cielo
es donde tus cosas se pegan a mí.

En ti,
que decidiste engendrarme
las palabras en la nuca;
tú,
que me enfundaste en un dulce abrigo de hiel,
que besas el inicio de mi pelo
y siembras olivos en la copa de mi espalda.
Tú, que no eres
sino la imagen coloreada de este ser difuso
enraizado en el vacío
y en las manos
de una tierra que jamás ha sido labrada,
eres allí.

Allí, ese espacio liminal
—donde una chica esconde
el cuerpo
cuando es el alma
la que duele—,
donde tus cosas vuelven a mi boca
y a mis huesos
y se enquistan en mi piel
y reposan sobre mis lágrimas;
es allí
donde veo a mi cuerpo pudrirse,
donde
—únicamente—
empiezo a escribir con convicción
y pienso
en el útero que me dio la vida.

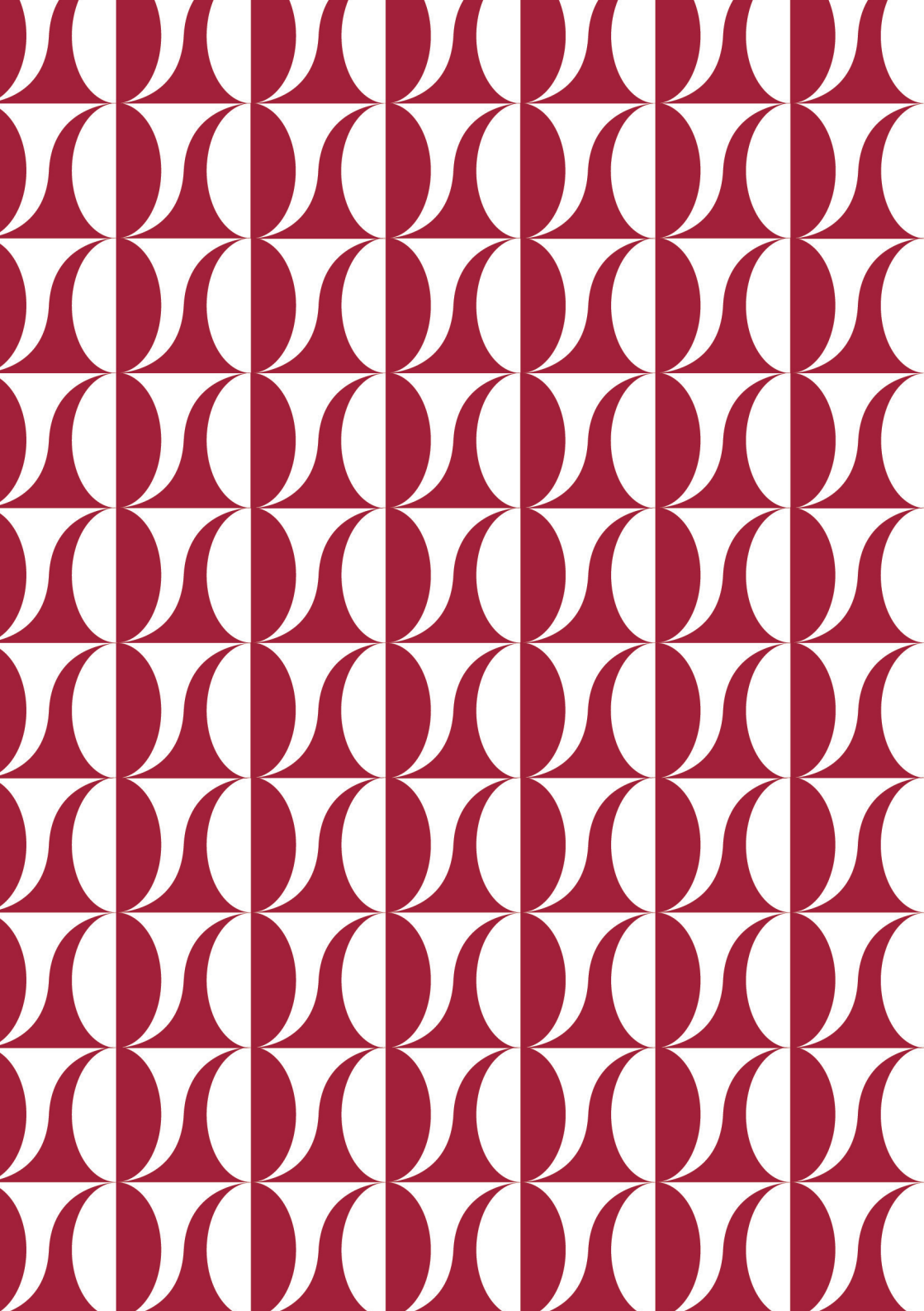
De qué ser ajeno
tendrá tu cuerpo cosas pegadas,
querida mamá.

Iñaki Irijoa Lema, bajo el título de *Águila del Cáucaso*, confía en haber realizado una selección notable de poetas jóvenes y una edición digna para este número.

Agradece con sinceridad y afecto la participación de todos los autores que le han enviado su obra.

Espera que el lector disfrute de su dulquérrika labor.

A 28 de junio de 2024,
en el aniversario de los disturbios
de Stonewall.



Los jóvenes poetas que se publican en este número:

Rocío Torres

Adrián Chaurán

Jaime Calaforra Arranz

Laura Rodríguez Aparicio

Miriam García González

Ava Cívico

Adriana Calderón León